

NO SOMOS SIERVOS*

John Lloyd

John Lloyd señala que el estilo de argumentación que Michael Novak utiliza en su ensayo (“La crisis de la socialdemocracia”) distorsiona de un modo absurdo la realidad y resulta fuera de lugar si se considera que hemos llegado a una coyuntura política en la que las políticas pueden analizarse con un pragmatismo más profundo e informado que como ocurrió en gran parte de este siglo. Novak ofrece una imagen de Europa en la que ésta aparece empantanada en las políticas del Estado benefactor, mientras la recuperación de Estados Unidos aparece como un éxito sin mácula; los nexos entre seguridad social y decadencia, por un lado, y entre individualismo y crecimiento, por otro, se presentan como inexorables.

Con todo, admite el autor, es cierto que Margaret Thatcher ayudó a dar forma al Nuevo Laborismo liderado por Tony Blair; pero ella no modificó substancialmente las instituciones del período de posgue-

JOHN LLOYD. Editor asociado del *New Statesman*. Escribe para *Financial Times* y *Scotland on Sunday*. Su libro *Rebirth of a Nation: An Anatomy of Russia* fue publicado en 1998 por Michael Joseph.

* Comentario al ensayo de Michael Novak “La crisis de la socialdemocracia”, reproducido también en esta edición. Véanse en esta edición, a su vez, los comentarios de Anthony Giddens y Paul Ormerod, así como la réplica de Michael Novak a sus comentaristas.

Publicado originalmente en *Is There a Third Way? Essays on the Changing Direction of Socialist Thought. Choice in Welfare* N° 46 (Londres: © The IEA Health and Welfare Unit, 1998). Traducido del inglés por *Estudios Públicos* con la debida autorización.

rra, con la excepción de las industrias nacionalizadas. Esa tarea quedó pendiente y ahora la socialdemocracia ha hecho suyo el desafío de llevarla a cabo. En efecto, afirma Lloyd, ha llegado el momento de sacarse las anteojeras y analizar las políticas por su eficacia y no por su corrección política (izquierdista). Y las ideas propuestas por Novak acerca de la capitalización de las pensiones, las cuentas de ahorro para gastos médicos y los impuestos a la renta proporcionales forman parte de las ideas que gobiernos de criterio amplio deberían estudiar. Y ¿quién podría no estar de acuerdo en reducir la dependencia, la pasividad y la irresponsabilidad, tal como lo plantea Novak? Sin embargo, agrega, el Estado benefactor promovió estos objetivos en el pasado y puede continuar promoviéndolos, en lugar de quedar como su exterminador. Es verdad, aunque sea una verdad muy simplista, que la izquierda se ha desplazado hacia el territorio de la derecha. Pero también es cierto, señala, que la izquierda procura hoy alcanzar objetivos izquierdistas al interior de ese terreno, tales como una mayor igualdad de oportunidades y una sociedad civil más robusta y diversa.

El estilo de argumentación de Michael Novak resulta desconcertante. Como la socialdemocracia es el enemigo, entonces debe ser sindicada como la mayor culpable de la *anomia*. Pero Novak mismo no puede evitar decir que la principal sociedad *no* socialdemócrata, es decir los Estados Unidos, adolece de un problema excepcionalmente grave (entre las naciones más ricas) de criminalidad. ¿Es preferible sufrir el daño moral infligido por personas que engañan al Estado afirmando estar enfermas cuando no lo están, o el daño físico causado por los robos con violencia? ¿Acaso hay una compensación de ventajas y desventajas entre ambas alternativas?

Novak trae a colación pequeñas parábolas para ilustrar una impresión general —como la parábola del atareado barbero italiano que no contrataba más ayudantes debido a la burocracia. Un cuento triste. De ningún modo explica por qué la tasa de desempleo en el norte y el centro de Italia bordea el 3% (el desempleo en este país es desastrosamente alto en el sur, lo cual arroja una cifra nacional alta); o por qué los cafés, las tiendas, las oficinas y los garajes italianos —en el sector privado— se encuentran tan profusamente dotados de personal; o por qué el sector de la pequeña y mediana empresa italiana es tan dinámico.

Europa ha de ser presentada como un continente empantanado en las políticas del Estado benefactor y en la socialdemocracia; de modo que

no debe discutirse el proyecto más ambicioso de la Unión Europea, la unión monetaria —proyecto que establecerá en el seno de la Unión una institución y una serie de normas que obligarán —ya han obligado— a los países miembros participantes a ser muy rigurosos con los gastos públicos. No debe admitirse que la jactanciosa Italia, liderada por la centroizquierda, ha reducido enormemente el gasto público, ha terminado con la era de los subsidios automáticos a las industrias y los servicios estatales o controlados por el Estado, los cuales está privatizando, y ha comenzado a restituir cierto grado de confianza en un Estado corrompido a lo largo de décadas por los demócratacristianos que recibieron la constante bendición del Vaticano. (Hago hincapié en el caso italiano porque, como señaló no hace mucho Ralph Dahrendorf, el gobierno de Prodi representa —en palabras de Novak— una historia de éxito de nuestros tiempos que ha pasado inadvertida.) Tampoco debe mencionarse que Alemania sigue siendo la potencia industrial más poderosa de Europa. Ni que las exportaciones de Francia están aumentando. Ni que Francia y Alemania están saliendo con gran fuerza de un período recesivo. El colapso en un extremo del Atlántico debe presentarse como un fenómeno más o menos generalizado, y la recuperación de los Estados Unidos como algo más o menos sin tacha. Los nexos entre servicios de asistencia social y decadencia, por una parte, y entre individualismo y crecimiento, por la otra, deben verse como indestructibles.

Ésta es una manera errada de argumentar: la peor, porque los fenómenos que Novak intenta describir quedan transformados en posturas absurdamente forzadas y distorsionadas. En todos los países donde ha habido Estado benefactor, las políticas de asistencia social han estado acompañadas de niveles crecientes de producción, productividad, salud, longevidad, espacio vital y, por supuesto, ingresos, durante la mayor parte del período de posguerra. Sostener, como lo hace Irving Kristol (citado por Novak), que: “[El] Estado benefactor plenamente desarrollado es una versión moderna del castillo feudal, protegido por fosos y fortificaciones, que ofrece seguridad y refugio a la población leal que se congrega a su alrededor” (p. 16), equivale a atribuir a los ciudadanos de dichos Estados la condición de siervos, palabra que Novak lanza a diestra y siniestra con toda soltura. Aquellos que nacimos poco después de la guerra en familias de bajos ingresos, para las que el Estado benefactor representó un puntal que les permitió cuidar a sus ancianos enfermos y educar a su prole, además de proporcionarles un colchón protector para hacer frente a las pruebas más duras de la vida, no estamos dispuestos a aceptar la condición de siervos. Desde esa perspectiva, la afirmación de Novak en cuanto a que la socialdemocracia destruye la familia no es más que una broma de mal gusto.

No necesitamos de esa clase de argumentación ahora que, al parecer, hemos llegado a una coyuntura política relativamente saludable en que las políticas pueden analizarse con un pragmatismo más profundo e informado que como ocurrió en gran parte de este siglo. Los socialdemócratas, por cierto en Alemania, Gran Bretaña, Italia y Holanda, pero también cada vez más en otros países, están procurando definir el terreno en que pueden formularse estos juicios pragmáticos. Un terreno que es en gran medida el de Novak, a juzgar por las preocupaciones que éste plantea hacia el final de su ensayo. Sin embargo, esos juicios no operan dentro de un ámbito en el que las instituciones de la socialdemocracia son percibidas como un fracaso total; por el contrario, éstos se formulan considerando las limitaciones propias de una población apegada —independientemente de si su credo político es de derecha o izquierda— a las instituciones establecidas por los gobiernos socialdemócratas. El Servicio Nacional de Salud Británico, obra insigne del gobierno laborista de posguerra, y que continúa siendo uno de los más eficientes del mundo en cuanto a los servicios ofrecidos con el dinero invertido, sigue siendo objeto de un aprecio tan profundo en el electorado, que ningún gobierno puede hacer otra cosa que prometerle lealtad incondicional (lo cual suele reprimir cualquier idea acerca de cómo mejorarlo.)

Es así como opera el nuevo pragmatismo al interior y entre las instituciones y mecanismos que deben su origen a diferentes gobiernos de izquierda y derecha. Sin duda, Margaret Thatcher fue una de las forjadoras del Nuevo Laborismo antes de su nacimiento, como lo señala Novak (pero arruina su afirmación con una hipérbole: “[Margaret Thatcher] apartó al Nuevo Laborismo del [...] debilitante Estado nodriza” (p. 9), lo cual significó *mayor* gasto público, en gran parte debido al enorme aumento en la cantidad de cesantes. No hay mayor gasto de tipo nodriza que el seguro de desempleo); pero la señora Thatcher no modificó radicalmente las instituciones socialdemócratas de la posguerra, con la gran excepción de las industrias nacionalizadas. Esa tarea ha quedado en manos de —y ha sido aceptada por— el Nuevo Laborismo; lo propio ha ocurrido con la coalición izquierdista del olivo en Italia, con los socialdemócratas holandeses, suecos y daneses, y sucederá —más adelante probablemente— con los socialistas franceses y los socialdemócratas alemanes.

Estos sectores incorporan distintas tradiciones y reflejos a las tareas de la reforma; y lo que es más importante, en el corto plazo se enfrentan con distintos panoramas. Pero todos —y el caso más obvio es el Nuevo Laborismo—, deben sacarse en este momento las anteojeras y analizar las políticas por su eficacia y no por su corrección política (izquierdista). Las

ideas propuestas por Novak en relación con la capitalización individual de las pensiones, las cuentas de ahorro para gastos médicos y los impuestos a la renta proporcionales podrían formar (y forman) parte de la galaxia de ideas que gobiernos de criterio amplio deberán analizar. Pero hay que decir, aunque sea obvio, que la forma en que se acostumbran presentar esas ideas (como en el ensayo de Novak), como si el hombre de la calle les dijese a estos políticos estúpidos lo que es manifiesto, hace difícil entrever su intención, precisamente porque los ciudadanos de nuestras sociedades *no* son siervos y se oponen, individual, colectiva y electoralmente a las reformas radicales con las que no están de acuerdo o para las cuales no han sido preparados. En el Reino Unido la reformulación del Estado benefactor asociada a Frank Field, ministro para la reforma de las políticas sociales, ha encontrado dificultades tan grandes que tanto Field como su Secretario de Estado, Harriet Harman, fueron destituidos tras una reorganización del gabinete efectuada en agosto. Field es el político más comprometido y mejor informado en el área; su fracaso político es un indicador de cuán difícil resulta dar nueva forma a un sistema de asistencia social en una democracia.

Es preferible concentrarse en principios generales. Novak sostiene que el más importante de ellos, el ‘objetivo global’, en términos positivos, radica en la necesidad de “contar con un elevado número de ciudadanos fuertes, independientes, creativos, dotados de espíritu cívico y, sobre todo, responsables”; o si se lo plantea en términos negativos, en la necesidad de “reducir la dependencia, la pasividad y la irresponsabilidad hoy generalizadas en nuestras sociedades” (p. 24). ¿Quién no podría estar de acuerdo con esto? He sido lo bastante explícito para dejar en claro que a mi juicio el Estado benefactor ha fomentado, y aún puede promover, estos objetivos en lugar de quedar como su exterminador. Ahora bien, no hay desacuerdo alguno en cuanto a la necesidad de perfeccionar lo que tenemos.

Al parecer es cierto que:

- Los ricos no tolerarán que se les apliquen cargas impositivas más altas —y en muchos casos ni siquiera las actuales— para elevar el estándar de vida de los pobres. Hoy en día la clase trabajadora no causa tantos temores, pues ya no aparece como un factor de amenaza. Hay cierto grado de preocupación por los sectores marginales (*underclass*) y por el hecho de que el Estado proporcione algún tipo de apoyo a los ancianos, a los enfermos, a los dementes y a personas en condiciones de extrema pobreza. Pero hay límites estrictos, los cuales, al parecer, se originan en la percepción de que el Estado benefactor es derrochador y de que muchos de los pobres son indolentes.

- En parte debido a estas limitaciones, el Estado benefactor precisa ser reestructurado de una manera radical. Sus compromisos adquiridos en materia de salud, seguridad social, y sobre todo pensiones, no pueden mantenerse en los niveles actuales; el único camino posible es traspasar a los individuos y a las familias la responsabilidad por el seguro que los proteja contra las tragedias y sucesos inevitables de la vida.
- En muchos países, pero particularmente en los Estados Unidos y Gran Bretaña, se desembolsan grandes sumas de dinero para mantener a padres solteros (casi invariablemente madres); y un alto porcentaje de la asistencia social, en efecto, se desperdicia en solicitudes fraudulentas.
- En cuanto a algunos (no todos) criterios de medición, el aglutinante social —como quiera que sea cuantificado— se está ablandando, y los individuos y las familias son más proclives a adoptar un comportamiento anómico. Las comunidades orgánicas de clase o posición social se encuentran muy debilitadas; y aunque se advierten con claridad otras nuevas formas de comunidad, o se están inventando, éstas aún resultan ajenas para muchas personas, en especial para aquellas que se encuentran en los peldaños más bajos de la escala educacional y —a menudo— de la escala de distribución del ingreso. Si bien la Internet representa una verdadera comunidad de intereses, inevitablemente excluye a los pobres y a los iletrados.

Como señala Novak, el colapso del socialismo ha eliminado la modalidad de ‘piloto automático’ para tratar estos problemas. ‘Más socialismo’ —con lo cual se quería decir impuestos más altos para los más ricos, propiedad fiscal, planificación estatal y sindicatos poderosos— no es una opción práctica. También sabemos que el puro mercado libre, régimen en el cual los beneficios sociales se reducen a asignar un salario vital de hambre a aquellos que no pueden encontrar trabajo, tampoco soluciona el problema, o al menos así lo parece, porque ningún gobierno lo ha intentado, independientemente de su grado de proximidad a la extrema derecha. Como (en el caso de Gran Bretaña) no estamos retrocediendo a una situación previa a 1906, entonces lo que enfrentamos no es una elección entre tener o no asistencia social, sino entre distintas formas de servicios sociales.

Yo plantearía de una manera algo distinta a la de Novak los principios en que esto se basa. Conuerdo en que necesitamos individuos que no sean pasivos ni dependientes; pero para que estos individuos lleguen a ser activos e independientes se precisa de una estructura que, hasta donde

podemos vislumbrar, ha de incluir un elemento estatista de asistencia. Y así debe ser, porque con ello no sólo se asegura un mínimo de lo necesario para una vida digna, sino que además proporciona a los individuos, a las familias y a grupos más amplios un sentido de pertenencia a una comunidad de intereses más extensa que sus parientes, amigos y colegas más inmediatos. Es en el nivel nacional —en Europa, cada vez más en el nivel europeo— donde se adoptan decisiones que afectan a la vida cotidiana, por lo que para la sociedad civil que Novak desea fortalecer sigue siendo importante que el ciudadano vea que de sus impuestos fluye algún tipo de prestaciones que son accesibles para todos en condiciones más o menos similares. A Novak le parece que éste es un caso de dependencia. Yo pienso que es una circunstancia habilitante, para usar una palabra incorporada en el léxico político por el ex dirigente laborista Neil Kinnock. Estoy plenamente dispuesto a admitir que éste es un juicio subjetivo. Pero cuando usamos conceptos como pasivo, siervo y dependiente, por lo general somos poco científicos.

El nuevo enfoque izquierdista, tanto en los Estados Unidos como en otros países, se concentra en temas que en su forma general, por cierto, también pertenecieron y pertenecen a la derecha; el punto es con qué contenidos se llenan estos contenedores generales. Este enfoque busca a tientas una nueva práctica de comunidad —intentando fortalecer sobre todo las comunidades locales, en parte obligando a las personas, o alentándolas a obligarse mutuamente, a responder por sus acciones diarias. Es cierto que hoy la gente puede comportarse con los demás —y en ocasiones así lo hace— de manera impropia (esto es, poco menos que delictualmente), lo cual degrada la vida social; la respuesta no tiene que ser menos, sino, a veces, más intervención estatal, a medida que intentamos restablecer los lazos y reflejos comunitarios por medio de las autoridades locales y los servicios voluntarios. Lo anterior no tendrá lugar de manera espontánea, por lo menos al principio; ésa parece ser, en todo caso, la percepción unánime de aquellos que lo intentan.

Al respecto cabe citar un ejemplo tomado de la realidad inglesa. En el gobierno actual como en el anterior, las escuelas de escasos recursos —también conocidas como ‘antros’— son identificadas como tales, luego se les asignan algunos recursos adicionales, se nombra a un nuevo director docente y son objeto de una estricta supervisión por parte del gobierno *nacional* y no del gobierno local (cuyos organismos con frecuencia han descuidado las escuelas). La teoría y la práctica, en la medida en que haya habido un historial observable, indican que las escuelas logran recuperar ciertos niveles aceptables y que el Estado entonces puede desligarse. Tal

parece que ni los concejales elegidos a nivel local ni los gobernadores, *ni en algunos casos los padres*, son capaces de detener el deterioro; en la mayoría de los casos, los padres que realmente se preocupan tienen que apelar al gobierno nacional para exigir medidas correctivas y una prestación adecuada de servicios. ¿Es ésta una muestra de dependencia? ¿O se trata de una respuesta activa y racional?

Lo anterior ilustra otro tropo de los nuevos izquierdistas: la responsabilidad. El actual gobierno británico hace hincapié continuamente en este tema, sin temor a estampar sus pisadas en lo que había sido considerado (no por todos los izquierdistas) como territorio de la derecha. En estricta justicia hay que reconocer que la derecha ha trazado mejor el mapa de este terreno, pero sus planos son parciales y presentan grandes vacíos. La responsabilidad debe estar sujeta a estándares; su ejercicio requiere de preparación; a menudo también de adiestramiento; en ocasiones, se sirve de otros organismos para aumentar su eficiencia y sus expectativas. El problema de quién responde de qué y a quién nunca es un asunto sencillo ni inmutable. Depende fundamentalmente de un sentido del deber, que a su vez es producto de muchas influencias, entre las cuales el cuidado de nuestro comportamiento y el de nuestra familia es un factor importante. El Nuevo Laborismo, en particular el Primer Ministro, asigna mucha importancia al deber, incluso más que a los derechos, al menos retóricamente; Tony Blair considera que el deber es el elemento más importante de la sociedad civil, utilizando el concepto del mismo modo que lo han utilizado sectores cristianos contemporáneos.

Se trata de una poderosa y ejemplar herramienta de su retórica y de la de otros (Jack Straw, el canciller británico, también es uno de sus adeptos). Es o debería ser un poderoso antídoto contra un hedonismo de efectos asociales e inciviles, aun cuando las personas más asociales e inciviles no suelen estar al alcance de la retórica o del ejemplo. Ahora bien, el punto en el que los nuevos izquierdistas aún discrepan de los nuevos derechistas es que los primeros tienden a introducir en la definición amplia de deber una preocupación por aclarar y, al mismo tiempo, abordar el problema de la situación desigual en que viven los ciudadanos —de manera que los deberes que ellos en justicia tienen con la sociedad, con sus familias y con sus colegas, no sean siempre mucho más onerosos que los que se les exige a quienes viven al interior de lo que J. K. Galbraith denominó la cultura de la aceptación de lo que se tiene (*the culture of contentment*). Es más, los izquierdistas quisieran plantear la necesidad de poner en práctica mecanismos habilitadores o —para usar un término más polémico— redistributivos para facilitar el cumplimiento de los deberes. Esto sigue siendo caricaturi-

zado por la derecha como un intento de culpar a la sociedad por las venalidades y crímenes de los pobres o de los que padecen miseria. Puede que lo sea; pero no es éste el caso, ni tampoco se observa esta actitud en las actuales prácticas del Nuevo Laborismo. Se trata de una insistencia en que los derechos y los deberes plantean, necesaria y específicamente, problemas de acceso a los bienes materiales y no materiales.

Dije que esta última posición es polémica. Hoy en día, sin embargo, no es motivo de polémica entre la derecha y la izquierda sino al interior de esta última, otro signo de lo poco que se parece a la caricatura en que Novak todavía la quiere encajar. De hecho nosotros seguimos redistribuyendo; las tasas impositivas marginales son más altas para los más ricos; y el propio Novak opina que esta tasa impositiva común de 20% se justifica porque les quita más, en términos porcentuales y absolutos, a los ciudadanos más acaudalados. La pregunta es ¿deberíamos aceptar un grado de redistribución mayor que el nivel relativamente bajo que se aplica en la actualidad? Legítimamente, esa interrogante permanece abierta.

El ensayo de Novak arroja luz sobre una parte de la paradójica naturaleza de nuestro debate actual. Es verdad, aunque es una verdad muy simplista, que la izquierda se ha desplazado hacia el territorio de la derecha. También es cierto, sin embargo, que procura alcanzar objetivos izquierdistas al interior de ese terreno, tales como una mayor igualdad de oportunidades; una rendición de cuentas más estricta de parte de las autoridades estatales y las empresas privadas ante la opinión pública; una sociedad civil más robusta y diversa. Gran parte de estas aspiraciones ya no muestran la rigidez ideológica del pasado, fenómeno en el cual han tenido que ver el colapso del comunismo y la reestructuración de las prácticas de la socialdemocracia. Me parece que lo anterior va en beneficio de la mayoría; con todo, deja que las tradiciones, reflejos y prácticas de la izquierda aún conserven alguna razón de existir, alguna contribución que todavía habrá que hacer al bien común —como se ha hecho de manera tan notable en el pasado. □